

cia, de su misericordia y de su bondad. Huye á su voz una turba insolente y desenfadada, y al instante mismo la mujer adúltera respira, vuelve sus ojos á todas partes, y no descubre ya sino al Rey divino que le otorga el perdón más generoso: multiplica los panes y los peces, y el hambre devoradora abandona luego el recinto que ocupa la prodigiosa multitud: suspende la borrasca que agita espantosamente los mares, y el discípulo escapa de un naufragio que miraba como infalible: detiénese algún tanto en el pozo de Samaria, y una mujer del pueblo siente llegar á su corazón, y va luego á difundir entre los suyos aquella luz divina que trajo la paz y la virtud á la tierra: hace estremecer con su voz á las potestades del inferno, y el hombre queda libre de la posesión tiránica de los demonios: en fin, el sepulcro le obedece, y al instante mismo se agota el manantial de lágrimas que inundaba las mejillas de Marta y de María.

¡Oh prodigio de fortaleza y de bondad! ¡Oh profundidad inmensa de misericordia! ¡Oh caridad, virtud sublime hasta entonces ignorada! Pero qué, ¿no habia presentado el mundo almas benéficas á la admiración de los hombres? ¿Antes del Evangelio, no habia llegado nunca el opulento á derramar sus tesoros en el seno de la indigencia? ¡Ah! reconozco en tan raros ejemplos el desprecio de las riquezas, y también, si se quiere, los nobles impulsos de la beneficencia humana: mas busco inútilmente la caridad. No basta dejar todas las cosas: es necesario seguir á Jesucristo, es decir, abandonarlas con un espíritu cristiano: porque tal es el carácter distintivo de la verdadera caridad, y lo que es peculiar y exclusivo de los apóstoles y creyentes (1). No, señores, en la balanza de la eterna justicia no harán peso ninguno esas virtudes externas que el mundo admira, pero que no santifican el corazón. ¿Qué habrán de ser á los ojos del Altísimo la austeridad presuntuosa del estóico,

(1) Hier. 1, 3, in Math., c. XIX.

calculada del vencedor, la liberalidad astuta del político? Producciones del interés y aun del egoísmo, viles holocaustos que el orgullo se ofrece á sí mismo.

Que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha (1): hé aquí la máxima de Jesucristo, el sello de las virtudes cristianas. Con este ejemplo tan material ha querido este divino Maestro, no ciertamente privar á los hombres del inestimable bien que produce la publicidad de las virtudes, sino empeñar á cuantos las practican, á no mendigar con ellas la recompensa mezquina de las alabanzas humanas, sino á encaminar la intencion y consagrarlo todo al Autor Soberano de las virtudes. Quiere que "en el público aparezcan nuestras obras con la misma pureza de intencion con que permanecen en el silencio de nuestra voluntad," como afirma San Gregorio (2). Tal es la voluntad de Jesucristo, y por esto se adelanta él á consagrarla con su ejemplo inmortal. Tan pronto en revelar su omnipotencia, como en sofocar el grito de la admiración y suspender los movimientos del entusiasmo, apenas acaba de realizar un prodigio, cuando dice al mortal venturoso en cuyo beneficio ha empleado su poder: *No lo digas á nadie.*

Esto no impedia, sin embargo, que el reconocimiento público llevara por todas partes su nombre con los más sinceros homenajes, y atrajese de continuo á su persona nuevos pecadores y nuevos necesitados. En estas circunstancias parecia esmerarse Jesucristo en manifestar toda la dulzura de su carácter. El decaimiento de fuerzas, la fatiga, el cansancio, la hambre, la sed, nada le detiene. Se le excita á que coma, cuando acababa de instruir á la Samaritana. *Yo tengo,* les dice, *un manjar que vosotros no conocéis..... Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado* (3). ¡Cuántas veces reprehendió á sus discípulos, á tiempo que detenia el paso á la multitud atribu-

(1) Math., VI, 3.

(2) Hom., XI, in Ev.

(3) Joann., IV, 32, 34.

lada! ¿Os acordáis, hermanos míos, de aquella ternura paternal que le inspiró siempre la infamia? *Dejad esos pequeñuelos*, dice á sus discípulos, *dejad que vengan á mis brazos* (1).

¿Quién al ver tales prodigios de bondad no vuela á incorporarse entre los vasallos de Jesucristo? Sin embargo, católicos, no le olvidéis en aquellas situaciones impo- nentes, en que severo y revestido de toda la majestad, truena como rayo para confundir las mentidas esperanzas del pecador impenitente, reprimir la osadía temeraria del profanador, y tirar al suelo la máscara insolente del hipócrita. En la Sinagoga confunde la sabiduría presuntuosa de los doctores; en la corte prostituida burla la es- pectativa del magnate; en el palacio de Pilato dice que el hombre no es dueño de su poder; reprime en el desier- to la audacia del tentador; lanza ignominiosamente al profano mercader de la casa de su Padre; descocier- ta y postra en Getsemani á cuantos iban á prenderle. Ejem- plo sublime que ha dejado Jesucristo á los que rigen los destinos de las naciones! *Escuchad, grandes de la tierra, instruidos, árbitros del mundo!* (2).

Este carácter de grandesa que tanto se admira en la conducta soberana del Mesías, este imperio sobre las pa- siones, esta majestad que anuncia por todas partes al Hombre Dios, cómo contrasta con la escena tiernísima del Cenáculo! Yo me traslado, señores, con la imagina- ción, á la noche, para siempre memorable, en que la Di- vinidad resuelve quedarse entre los hombres, en que el Redentor del mundo celebra *el grande y eterno testamen- to* con la institución augusta de la Eucaristía: ¿qué descubren allí mis ojos? ¡Oh abismo de bondad! ¡Oh misterios impenetrables del amor divino! Es preciso dar tré- gua al llanto para escuchar las instituciones que el buen Maestro dirige á sus discípulos la víspera de su pasión! ¡Qué afectos tan bien sentidos! ¡Qué idioma tan insinuan-

(1) Math., XIX, 13, 14.

(2) Pa. II, v. 10.

te y tan dulce! ¡Qué concordia tan feliz de la majestad y la ternura! *Hijos míos*, dice á los apóstoles, *dentro de poco no me veréis..... mas no se turbe con esto nuestro cora- zón..... no os dejo huérfanos, volveré á estar con vos- otros..... en la casa de mi Padre hay muchas mansiones; voy, pues, á preparar allí lugar para vosotros* (1). ¡Oh pa- labras de vida eterna! ¡Qué imperio tan dulce no ejer- ceis en el corazón! Si de aquí pasamos, católicos, á con- templar las acciones que Jesús verifica en el Cenáculo, nuestra alma queda absorta, y há menester de una fuer- za que la sostenga en presencia de una institución como la del Sacramento de su cuerpo y sangre. Mas permitid- me que os detenga un momento en un cuadro donde el Hombre Dios descarga el último golpe sobre la soberbia humana. *Jesucristo se levanta de la mesa, se sienta de una toalla, echá agua en una fuente, dobla su rodilla, inclina su frente, lava y enjuga los pies á sus discípulos* (2)..... ¡Espectáculo augusto de la humildad, el cielo respetuoso te contempla, la tierra atónita te admira!

Basta, Señor, deteneos: ¿el orgullo del hombre no está ya sobradamente expiado y confundido?..... Católicos, hay todavía mucha distancia desde el Cenáculo hasta el Gólgota; y el amor infinito del Redentor del mundo no quedará satisfecho hasta no morir por los hombres y dar la última consumación á su grande y augusto sacrificio. Se acerca, pues, el instante postrero en que van á tener su perfeccion y complemento los oráculos, las figuras, el sacerdocio y la ley; en que la sangre del justo, llevando al cabo el eterno designio que meditaba desde el seno de su Padre celestial, va, por último, á estrechar para sien- pre y con un vínculo infinito la prometida y suspirada alianza entre Dios y los hombres. Es llegado el momen- to de partir para Jerusalem: la última pascua está ya ce- lebrada: el Redentor del mundo emprende ya su camino, y pasa el torrente Cedron y penetra en el bosque de las Oli-

(1) Joann., XVI, 1, 2, 18.

(2) Joann., XIII, 4 et 5.

vas. . . . El sacrificio está aceptado: el Hijo del Hombre va á morir. . . . Poder de las tinieblas, sonó ya tu hora! La señal está dada, no con el ósculo del discípulo traidor, sino con la ofrenda sublime que acaba de hacer al Eterno Padre la víctima sin mancha. Llegad, pues, á consumir vuestro crimen, pontífice ambicioso, ministros infames; mas abatid primero la orgullosa frente delante de vuestro Rey. No haréis vuestra voluntad contra la suya. Padece, porque lo ha querido así. Prendedle, pues, mas aguardad que os lo mande.

¿Qué imaginación podrá seguir desde aquí los pasos de Jesucristo? ¿Qué dolor podrá representar sus tormentos? En un intervalo bien corto ha visto aparecer contra sí todos los crímenes, sufrido el embate cruel de todas las pasiones, agotado los innumerables recursos de la tiranía, sentido el inmenso peso de toda la crueldad. No han pasado más que algunas horas, y durante este reducido intervalo, ¡qué de ultrajes no ha sufrido esta víctima inocente! Un discípulo le entrega, reniega otro de su nombre, y todos generalmente le abandonan. Solo, en medio de sus verdugos, no tiene ya con quien partir sus dolores y sus penas. Un pontífice aconseja su muerte, un cobarde satélite de una corte corrompida le dispensa una compasión peor todavía que el último suplicio: azotes, salivas, golpes crueles, sacrílegas burlas, comparaciones humillantes; la caña de ignominia, la púrpura de mofa, la corona de sangre, el insulto añadido al tormento, la rabia frenética mezclada con la insolente risa, el grito de crucifixión, el sendero que se abre desde el pretorio al patíbulo, el madero que oprime sus delicados hombros, las peñas que retardan y aligien su dolorosa marcha, la montaña que se eleva como el altar del sacrificio. . . . ¿Dónde está el entendimiento capaz de comprenderlo todo? ¿Dónde está el corazón que pueda sentirlo todo? ¿Dónde la palabra que baste á expresarlo todo? ¡Ay, hermanos míos! El cuadro de la pasión asunto es que hace desfallecer la elocuencia más animada, y parece que el orador cris-

tiano participa en estos lanceos el trastorno de la naturaleza.

Hemos llegado por fin al Calvario. Presentase Jesucristo clavado sobre la cruz á la vista del cielo y de la tierra; pronuncia sus últimas palabras, bebe ya las heces del doloroso cáliz, explica, en fin, su amor de la manera más sublime. Esa sed insaciable que le devora (1) símbolo es del amor infinito que tiene á su pueblo: esa plegaria que sale de sus labios y desarma el brazo de la justicia eterna, es una solemne invitación de la misericordia al arrepentimiento (2). Su madre es nuestra madre (3), Jesucristo va delante de los que se lloran desamparados, y la tribulación queda santificada (4). Todo avanza á su fin. Aproxímase ya el desenlace de esta escena misteriosa. Abrense por última vez los labios de la víctima. . . . ¿Qué va á decir? Venid, oh pueblos en multitud, ocupad todas las colinas y todos los valles, cercad esa montaña, mirad esa víctima: que escuchen los cielos y la tierra. Jesús abre sus labios por la última vez. ¿Qué va á decir? Atended: no perdais un solo acento; es la palabra salvadora que sanciona la libertad del mundo, el omnipotente grito que hace estremecer los infiernos y abrirse de par en par á las generaciones las puertas de la inmortalidad. Escuchad, pues, hermanos míos: Jesucristo va á hablar. . . . CONSUMMATUM EST: *Todo está consumado* (5).

Si, católicos, todo está consumado: la naturaleza que se trastorna; el pueblo que gime en la más triste consternación; el sol que niega su luz al universo; el choque repentino de todos los elementos; el orbe que vacila; los sepulcros que restituyen sus despojos; el velo del antiguo templo que se rompe, son otros tantos ecos sublimes que parecen repetir esta palabra del Salvador: *Consummatum est*: todo está consumado.

(1) Sitio. Joann., XIX, 28.

(2) Pater, mitte illis: non enim sciunt quid faciunt. Luc., XXIII, 34

(3) Mulier, ecce filius tuos, etc. Joann., ibi. v. 26, 27.

(4) Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me? Math., XXVII, 46

(5) Joann., XIX, 30.

Jesucristo no trajo á la tierra mas designio que redimir al género humano, regenerar al hombre en la verdad y en la virtud. Todo lo ha establecido ya, y desde que mira su obra consumada, no quiere vivir un instante más. Anuncia, pues, el término de su mision divina, é inmediatamente encomienda su espíritu al Eterno Padre, inclina su cabeza.....

Ha muerto el Redentor del género humano; mas en esta muerte, católicos, cuyos caracteres singulares y únicos nos han hecho descubrir á la Divinidad por entre los dolores, tormentos y humillaciones que rodean á la victima del Calvario; en esta muerte, donde acaban sus tormentos, empiezan sus victorias; en esta muerte veo destruido el trono de la muerte, roto y deshecho el viejo hereditario yugo que oprimia desde cuatro mil años atrás la cerviz abyecta de innumerables generaciones. Todo cambia en el mundo moral: las costumbres, la política, las instituciones, la filosofía. Esa palabra de consumacion pronunciada por Jesucristo, es un nuevo *at* que saca por segunda vez al mundo de la nada. Esa montaña es el cimiento de la ciudad eterna; esa cruz un estandarte glorioso que dará vuelta al mundo, y reunirá por fin á todas las generaciones. El sepulcro del hombre es el término de todas las grandezas humanas; la tumba del Mesias será el punto desde donde empiece á levantarse majestuosamente su gloria. Tal debe ser, católicos, el fruto de su predicacion, de su vida y de su muerte. No basta, pues, haberle visto renovar el entendimiento humano con el anuncio de su eterna verdad, y ofrecer á la imitacion de los presentes y futuros siglos, el más cumplido modelo de todas las grandes virtudes: es preciso hojear un tanto la historia de su cruz, entrar en el nuevo reino y ver levantarse los eternos muros de su Iglesia, sobre las ruinas del paganismo.

TERCERA PARTE.

Imaginaban los judios haberse asegurado contra todo temor al consumar su crimen, y creyeron los gentiles que abandonando al público desprecio el misterio de la cruz, caería muy pronto el influjo de este grande acontecimiento que miraban ellos con los ojos de su vanidad, como un extraño delirio. Pero ¿qué sucedió? Apenas reciben el Espíritu Santo los apóstoles, y ya comienzan á sorprender al mundo con el número prodigioso y la celeridad de sus conquistas. Corre cada uno de los enviados á llenar su mision, y ya desde aqui no se ve otra cosa por todas partes más que una série continua de prodigios. Nada pueden contra ellos, ni el hombre ni la naturaleza: bajo sus pies se aplanan las montañas y las colinas, el mar parece inmóvil; abrense las puertas de las opulentas ciudades; y estos hombres, sin más armas ni riquezas que la cruz del Salvador, todo lo conquistan con la palabra evangelica; por donde quiera se les rinden los gentiles y los judios, por todas partes repiten los ecos el nombre del Crucificado. Treinta años apenas han trascurrido, y ya casi no hay una ciudad en el universo donde no tremole con majestad la bandera del cristianismo.

Alarmóse con harto fundamento, señores, el corazón de todos los enemigos de Jesucristo, cuando conociéron toda la realidad de un poder que tan solemne y gloriosamente se habia ya manifestado. Desapareció la burlona sonrisa de los labios del gentil y cayó la esperanza del pecho del judío. *Braman entonces á impulsos de un rabioso furor todas las naciones; los pueblos meditan fútiles y ridiculos proyectos; se paran erquidos los reyes todos, y los príncipes se congregan á una contra el Señor y contra su Cristo. "Hagamos caer á pedazos, decian, las cadenas con que pretenden aprisionarnos, arrojemos lejos de nosotros el*

yugo vil que intentan imponernos (1).” Hé aquí, señores, el centro de todos los votos y el toque de guerra que se iba muy en breve á suscitar contra el cristianismo.

Estaba escrito que la Iglesia de Jesucristo no dejaría nunca de tener crueles perseguidores: él mismo lo anunció á sus apóstoles en la noche de la cena, de una manera tan precisa, que pueden reconocerse allí fielmente caracterizados todos los enemigos de su reino; pero también estaba dicho que éste había de sostenerse con gloria, que había de triunfar siempre, que habían de ser inútiles todos los embates, que la Iglesia estaba fundada sobre una roca inexpugnable, y que no prevalecerían contra ella las puertas del infierno (2). Esta perpetuidad, estos triunfos incesantes, esta acción poderosa y nunca interrumpida, hé aquí, señores, un monumento inmortal que Jesucristo ha levantado á su gloria. Ella resplandece igualmente en la inutilidad con que la Iglesia es combatida y en las penas terribles con que sus enemigos son castigados. Tal debe ser nuestra marcha, cuando repasamos las glorias de Jesús en los triunfos de su Iglesia.

¿Y quiénes son los enemigos que la persiguen? El gentilismo con la muerte, la herejía con el error, la prostitución con los vicios y la filosofía con todo género de armas. Mas ella triunfa de los primeros con la constancia de sus mártires; de la segunda, con la autoridad infalible de sus decisiones; de la tercera, con las virtudes heroicas de sus confesores; y de la última, con todo género de victorias.

El gentilismo la persigue con la muerte. A la vista de una sociedad rápida y prodigiosamente multiplicada y extendida, sin embargo de proponer misterios incomprensibles á la razón y leyes austeras á la voluntad, la rabia se apodera del corazón de los príncipes, que desde la altura del trono arman á millares los brazos de los gentiles para extirpar de la tierra la sociedad santa que acaba de

(1) *Psalm. II, 1, 2, 3.*

(2) *Matth., XVI, 18.*

fundar Jesucristo con su muerte. Odio al Evangelio, fuego y sangre á los miembros de la Iglesia: hé aquí el primer legado que se trasmiten unos á otros aquellos monstruos, que para oprobio de la humanidad, rigieron en la sucesión de algunos siglos el destino de los pueblos. Circula por su corazón el veneno hereditario, y á pesar de las diferencias innumerables que caracterizaban el reinado de cada uno, todos ellos seguían uniformes el camino de persecución; abierto por la mano de aquel monarca, que pareció nacido para hacer estremecer á todo el género humano. ¿Quién pintará, señores, el horrible cuadro de aquella inicua persecución que sufrió por tan largo espacio de tiempo la innumerable familia que había reunido á su derredor la cruz de Jesucristo? Perseguidos como bestias feroces, los suplicios ordinarios parecían en extremo dulces para unos hombres universalmente vistos como enemigos de los dioses y de la patria. “Se nos decapita;” decía el mártir San Justino, se nos clava en crucés, se nos expone á las fieras, se nos atormenta con las cadenas, “con el fuego, con todos los suplicios más crueles (1).” “El asta, añade San Cipriano, la cuchilla, el verdugo, todo está dispuesto: el garfio arrancando la carne, el potro levantado, la hogera encendida; y para el cuerpo de un solo hombre se apresta mayor número de suplicios que “el de los miembros de que consta (2).” El hijo se revuelve moribundo en la sangre de su padre, el hacha del verdugo no perdona ni al sexo tímido ni á la edad temprana. Ni los instintos de la naturaleza, ni los clamores de la humanidad, ni las concesiones más dulces de la vida, son parte á detener el ímpetu furioso de esta horrible persecución: Multiplicanse los cadalsos con los edictos de los céasares: cada emperador pretende señalar su advenimiento al trono con los excesos inauditos de nuevas crueldades. Desde Nerón hasta Diocleciano se mantiene fresca la sangre que inunda las calles y las plazas públicas: “por si

(1) *Dial. cum Triph.*

(2) *Ad Donat. pag. 24 ed. de Paris (1829).*

“glos es necesario contar los padecimientos de la Iglesia, “y durante el curso de trescientos años no podemos seguir la sino por las huellas sangrientas de sus mártires (1).”

¿Mas cuáles fueron, decidme, cuáles fueron, por último, los resultados de esta larga y sostenida persecucion? ¿No habian imaginado sus autores triunfar del Evangelio y reducir á polvo el suare yugo de Jesucristo? ¿No llevaron algunos el frénese hasta el extremo de afirmar que habian extinguido el nombre de los cristianos desde el Oriente hasta el Occidente y abolido en todos los pueblos la religion de Jesucristo (2)? ¡Insensatos! Desde lo alto de su trono *el que reina en los cielos se reía de estos sangrientos desvarios, se burlaba, como lo tenia prometido, de sus empresas locas y de sus nombres vanos* (3).

Para confundir y anonadar el poder de los perseguidores, no necesitaba por cierto de ocupar con legiones armadas el vasto campo que abarcaba su imperio: quiso triunfar de lo más fuerte con lo más débil, y para llevar al cabo esta empresa divina, le bastó prodigar al corazón de las victimas aquella fortaleza espiritual que no teme la muerte. ¡Qué espectáculo el de un mártir al tiempo de espirar! Camina á la muerte sin la presuncion del orgullo, sin el terror de la debilidad: la virtud le precede, la gloria le sigue; sube al patibulo con ademán tranquilo y con una especie de serenidad, que no pertenece á la tierra: no insulta á su verdugo, alaba á Jesucristo: ve llegar la muerte, y la saluda con el himno de la victoria: no es un hombre que aspira, es un navegante que ha sufrido todos los embates de los tiempos; ve descollar las cumbres queridas de la patria y toca por fin en el puerto suspirado. La serenidad de su rostro es una visible prueba de la inmortalidad de su alma; la constancia con que resiste, es la imágen más viva de su fe; el deseo que

(1) Bullet, Estab. del Crist., pág. 62.

(2) Gull. Bibl. tom. I, Percec.

(3) Ps., II, 4.

tiene de morir, es un trofeo sublime de la caridad. A la vista de un ejemplo tan heroico, de una magnanimidad que el mundo no conocia, de este predominio sobre la tribulacion y la muerte, el mundo todo se convence de que los destinos de este nuevo pueblo no penderán jamás de la voluntad poderosa de los reyes. Llegando á este punto, hermanos míos, una perspectiva enteramente nueva arrebató las miradas de mi alma. Veo triunfar la causa de Jesucristo: veo que las victorias suceden á las victorias: que la misma tiranía sirve á los designios del Señor; que los límites del nuevo reino se van retirando á medida que se irrita y enfurece el génio de la crueldad. Cada nueva victima da nuevos atletas; *la sangre de los mártires es una semilla* de justos (1), y su constancia en padecer, rinde por fin el brazo de los tiranos. Sonó, pues, la hora que habia de poner dique á este torrente de sangre; la Iglesia domina ya en todos los pueblos; es poseedora única de todos los homenajes; por todas partes escucha las santas aclamaciones de su victoria; goza de una paz que espontáneamente le otorgan la conviccion y la gratitud; levanta su frente augusta delante del universo; *“apoya uno de sus brazos en la cruz del Salvador, y descansa con el otro sobre el cetro tutelar de Constantino* (2).”

Pero qué nuevas nubes no vendrán á eclipsar estos días de santo regocijo? Católicos, los enemigos de Jesucristo, siempre tenaces, no descansarán jamás. A los embates de la crueldad inutilizados, seguirán los golpes menos sangrientos pero más terribles del error y de la seducción. A la sombra de un reinado pacifico nace y maquina incesantemente el génio de la herejía; dirige sus miradas sacrilegas hacia todos los muros de la Iglesia, para minar paulatinamente sus cimientos; asecha á los incautos tendiéndoles una mano amiga; reúne de todas partes prosélitos, y no pasa mucho tiempo sin que clame contra los dogmas y amenace á la creencia universal.

(1) Tert.

(2) Maury, Paneg. de S. Ag.

Manés ataca la unidad de Dios; Arrio la divinidad de Jesucristo; Macedonio la del Espíritu Santo; Pelagio la Gracia; Nestorio y Eutiquio la Encarnación augusta y la Maternidad divina. ¿Cómo enumerar, señores, aquella multitud prodigiosa de prosélitos que reunieron bien pronto estos caudillos para dispersarlos al punto por todo el territorio cristiano? ¿Cómo pintar la efervescencia que agitaba por todas partes á los hombres? ¿Cómo bosquejar aquí el cuadro lastimoso de aquellos cismas que hicieron derramar tantas lágrimas á la esposa de Jesucristo? Escriben, hablan, obran con increíble actividad los falsos profetas y los mentidos sabios; corren de todas y por todas partes nuevas y contradictorias doctrinas: los fieles huyen amedrentados, la Iglesia tiembla por la suerte de sus hijos, y volviendo atrás una mirada, parece lamentarse de que ya no exista la sangrienta persecución y "echar menos, con sentimiento amargo, el hacha de los antiguos verdugos (1)."

¿Cuál será la suerte de esta esposa querida? No temas: la cruz de Jesucristo triunfa con la misma soberanía en el patíbulo de los mártires y en el campo de la controversia. Reténgense los pastores á la voz de la Iglesia, y del centro de aquellas augustas asambleas, se lanza el rayo divino que postra y anonada la turba de los herejes. ¿Quién puede recordar sin entusiasmo los nombres venerables y gloriosos de Nicea, Constantinopla, Efeso, Calcedonia, Letran y Trento? Estos nombres están unidos á las memorias de aquellos consejos angustos de la cristiandad, reunidos á la voz del Pontífice Supremo con el doble fin de ilustrar al creyente con la antorcha de la fe y herir al herejearca con el anatema de la autoridad infalible. ¿Qué recuerdos excitan en vuestras almas, católicos, las costas desiertas de la Africa? ¡Ah! Se animarán constantemente á nuestra vista aquellos sitios tan fecundos en recuerdos, "donde las asambleas de los obispos eran

(1) Maury.

tan numerosas como los concilios generales (1)" y donde el monstruo de la herejía cayó reducido á polvo á los pies de Agustín.

De este modo, católicos, veo resplandecer en la Iglesia del Señor aquella sabiduría que subyuga á la inteligencia y domina sin cesar en medio de todos los ataques que dirige contra ella el espíritu del error. Si éste se agita con un movimiento que parece perdurable, la Iglesia resiste con inflexible constancia; si la herejía combate, la Iglesia triunfa; si el infierno vomita sus monstruos, la Iglesia cria sus atletas; si las sectas murmuran, los concilios truenan; si el cisma se insinúa, el vicario de Jesucristo se mantiene firme en la silla de Pedro; finalmente, si los caudillos de tantas doctrinas perversas hacen cundir un ruido sordo de impiedad por todas partes, la Iglesia se reviste de una majestad imponente, juzga sin apelación, habla por fin, y su victoria se anuncia con el silencio del universo.

Y ¿qué consiguió, decidme, qué consiguió la inmoralidad con todas las redes que tendía á la inocencia? Servir, señores, de una sombra que hizo resplandecer más y más la imagen celestial de la virtud. Huyen los justos á los sitios más ignorados; crece incesantemente el culto santo de la castidad; la perfección evangélica multiplica sin cesar los más ilustres ejemplos; las vírgenes y los confesores brillan por todas partes; *el desierto mismo florece con sus solitarios* (2). No hay un rincón de la tierra donde no habiten estos ángeles de paz: desde las cortes hasta las aldeas se difunde el fuego de la caridad, y donde quiera se exhala el delicioso perfume de las virtudes. El alma se siente conmovida cuando registra la historia, sube al origen de las instituciones monásticas, y descubre allí tantos y tan diversos caracteres de santidad; cuando mira al hombre tan superior á la naturaleza humana; cuando le ve inmolar en las aras de la religión todos los

(1) Fenn. *oo on habiluberoni al oviv eodl lab olusun*(2) Fenn. *ab, ero al caritod : caritoni caritodl abo al aus*

placeres de la carne y de la sangre, todos los prestigios del poder, toda la magnificencia y esplendor de la prosperidad, las voces halagüeñas de la fama, las ilusiones risueñas de la vida, y todas las promesas y todas las esperanzas del siglo.

¿Quién hubiera podido imaginar, hermanos míos, que después de tantos combates inútiles, después de tantos y tan bellos triunfos como había obtenido la cruz de Jesucristo sobre los perseguidores crueles y los herejes arrogantes que trabajaban infatigables por extirpar la Iglesia, habrían de abrirse otra vez las puertas del abismo para vomitar nuevos monstruos y suscitar nuevas y más empeñadas persecuciones? Pero ¡ay! no está lejos de nosotros ese siglo fatal en que vinieron a reírse el odio de todos los siglos, los errores de todas las épocas, la corrupción de todos los tiempos; ese siglo ateo que dejó muy atrás en impiedad y prostitución aun á las épocas más infames del paganismo. La filosofía, señores, en el último siglo se erige en árbitro supremo, se arma con la pluma y la espada, y desplega una prodigiosa energía para destruir á un golpe todas las creencias y todas las instituciones. El corazón corrompe al entendimiento, y á un impulso son combatidos los dogmas de la fe, las máximas de la moral y los principios de la política. Ya no se trata de combatir un dogma particular, es preciso borrar todas las creencias, arruinar todos los templos, sumergir en el caos todas las verdades, borrar hasta las últimas memorias del culto y sus ministros. Desde la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, hasta las más lejanas consecuencias de la moral cristiana, todo se contradice con audacia, todo se ataca y persigue con furor. Deslumbrar al pueblo con máximas seductoras de política para descargar un golpe seguro sobre las antiguas instituciones: se le dice al hombre que es material, para que vea sin espanto al ídolo de la razón, usurpar el tabernáculo del Dios vivo. La incredulidad no consiente ni aun las más lejanas memorias: bórrase la era de Jesucristo;

to; substituyen las fiestas revolucionarias á las solemnidades religiosas; los nombres de los brutos y de las plantas á los nombres de los santos; y ya desde entonces las iglesias que no fueron demolidas, quedaron para servir de teatro á las más infames profanaciones.

¿Qué crimen, señores, no tuvo entonces sus héroes, qué sitio no fué testigo de los más terribles atentados? Levántase el patíbulo del monarca, y de él brota el manantial de sangre que había de inundar á la patria de San Luis. Mirase la Iglesia despojada de su patrimonio; y muy pronto perecen á millares sus ministros. ¡Triste cuadro, católicos! El orden social destruido, la rebelión abriendo brecha á la anarquía, la anarquía mil veces peor que el despotismo, sedienta siempre de sangre, buscando sin tregua nuevas victimas que devorar; los establecimientos más útiles, obras preciosas de siglos de experiencia, destruidos en un solo instante de delirio; los monumentos más gloriosos desmoronándose por donde quiera; las piedras de los sepulcros despedazadas, y arrojadas al viento las cenizas de los muertos; la probidad, el honor, con las virtudes y los talentos, con el nacimiento y la fortuna, indeleblemente escritos en el gran registro de las públicas proscripciones; la Francia, en fin, trasformada repentinamente en un vasto cadalso, donde la sangre no deja de correr (1).

Entre tanto, señores, la Iglesia de Jesucristo aparece con igual esplendor. Nuevos mártires la glorifican, nuevos defensores se levantan y hacen avergonzar á la filosofía; la religion cristiana vuelve á reunir á su rededor cuanto hay de más ilustre y más grande; el genio se humilla en su presencia, la poesía la pide sus tesoros, y las mismas ciencias la ofrecen los más humildes homenajes. ¿Dónde están los trofeos á que aspiraba la soberbia incredulidad? ¿Dónde los monumentos erigidos por la admiración á sus triunfos? ¿Dónde los orgullosos genios

(1) Mac-Carthy.

que se atrevieron contra la sabiduría de la Iglesia? ¿Dónde los escrutadores curiosos de la ciencia mundana? ¿Dónde aquellos insensatos que habían imaginado triunfar de la palabra eterna y arrancar del corazón las esperanzas del cielo? *¿Ubi sapiens? ¿Ubi scriba?* (1) *Yo confundiré la sabiduría del sabio, yo reprobaré la prudencia del prudente* (2); ha dicho el Señor y esta palabra es infalible.

Pero no basta, señores, no basta ver inutilizados los esfuerzos del gentilismo, de la herejía, de la inmoralidad y de la filosofía; es preciso volver atrás la vista, y preguntar á la historia cuál ha sido la suerte de los hombres y de los pueblos que se han rebelado contra la cruz.

La gloria de Jesucristo resplandece igualmente en las penas terribles con que son castigados los enemigos de la Iglesia. En vano busca la filosofía causas desconocidas para explicar el secreto de tantas revoluciones: una mano invisible dirige siempre el curso de los acontecimientos humanos, y parece que no hay entre ellos uno solo que no entre á la parte con Dios en los destinos de su Iglesia. Abrid, señores, las páginas de la historia: ¿qué reflexiones haceis al descubrir allí el triste destino de tantos reyes y de tantos pueblos?

¿Quién ignora el trágico fin de los Neronos, Domicianos, Decios, Julianos y tantos otros? El alma se estremece al ver la rabia con que espira un Galerio-Maximiliano, inventor de tantos tormentos. Vedle, señores; devorado por los gusanos que salen de sus entrañas. Ved á ese Maximiano Daya, todavía más atroz, que no teniendo ya contra quien combatir su rabia entra en un delirio espantoso, conducido por el veneno que toma él propio para celebrar su muerte; vedle rabioso por un fuego que le consume, y exhalando por fin su alma feroz entre los alaridos de la rabia y la desesperación. (3) Cuando veo, señores, á

(1) 1.º Ad. Cor. I, 20.

(2) *Ibid.*, 19.

(3) Mac-carthy.

éstos que disponían del mando, abandonados á sí mismos, consumidos por el puñal del remordimiento, presa de los dolores más crueles arrastrarse á morir como un reptil miserable, desprovistos hasta del último recurso humano; cuando los veo espirar, maldiciendo su destino, entre los clamores de una desesperación inútil, abandonados de Dios y de los hombres; cuando los veo por fin bajar al sepulcro, sin que caiga una lágrima siquiera sobre sus tristes restos, mi alma se estremece y confunde, admira en estos accidentes fatales el esplendor de la justicia eterna; y reconoce aquella vara de hierro, que el Padre puso en las manos de Jesucristo para que rigiese á los monarcas rebeldes, y *desbaratase como un vaso de tierra* (1), á los perseguidores de su Iglesia.

Y ¿qué diré de los pueblos que no quisieron reconocer á Jesucristo, y de aquellos que despues de haber recibido su Evangelio, tuvieron la desgracia de abandonarle? Millares de judíos quedan sepultados bajo las ruinas de Jerusalem, y los muros del antiguo pueblo desaparecen bajo los brazos fuertes de Tito y Vespasiano. Acabó desde entonces la nacion judía, y para oprobio de su deicidio, vagan errantes aun sus miserables restos al cabo de diez y ocho siglos, sin patria, sin hogar, universalmente despreciados; y no parece sino que la ira del cielo está destilando gota á gota con el fin de prolongar por toda la duración del mundo los tormentos de este pueblo degenerado.

De las regiones salvajes é inaccesibles del Norte brota una multitud inmensa que invade el capitolio y hace caer el imperio de la ciudad eterna. No son acontecimientos casuales. Así será tratada, dice San Juan, *la ciudad que reina sobre los reyes de la tierra* (2), la ciudad levantada sobre siete colinas (3), porque es la madre de las abomina-

(1) Pa. II, 9.

(2) Ap. XVII, 18.

(3) Ap. XVII, 9.

ciones, y está embriagada con la sangre de los santos y los mártires de Jesús (1).

Después de haber presenciado la destrucción de la antigua Roma, volved los ojos, hermanos míos, á esa muchedumbre de pueblos que, después de haber militado gloriosamente bajo la enseña del Calvario, volvieron sus espaldas á la cruz. Visitad con la imaginación esas comarcas numerosas del Asia, que fueron otro tiempo los bellos timbres de la Iglesia y el ornamento de la religión. Efeso, Antioquía, Cesárea, Nicomedia, en vuestro seno vinieron á reunirse en una época todas las acciones inmortales de la virtud y todas las producciones magníficas de la sabiduría: al fecundo calor del Evangelio florecieron entre vosotras, no solamente las costumbres más puras, sino también los talentos más ilustres, las ciencias y las artes. ¿Dónde están ahora aquellos dechados perfectos de virtud, tantos caracteres de santidad, tantas obras insignes que presentábais á la admiración del universo? ¿Qué hicisteis de la inmensa gloria que os legaron con su nombre los Basílios, los Gregorios y los Crisóstomos? Mas apartad, católicos, vuestra vista de la Asia, fijadla por un instante en la extremidad de la Europa, visitad esos nuevos pueblos: ¿dónde está la ciudad de Constantino? ¿No es esta la magnífica, la culta, la sabia ciudad, que mereció en otro siglo los gloriosos renombres de nueva Roma y de segunda Atenas? Dejad la Europa, penetrad en la Africa, recoged esos otros pueblos que fueron la cuna de los Atanasios, Cirilos y Tertulianos, donde la sabia Grecia, animada otra vez con un soplo de vida que le comunicó el Evangelio, revivió toda y santamente depurada del contagio del paganismo en la célebre escuela de Alejandría, y donde los Ciprianos y Agustinos dieron tanto lustre á las ciudades de Cartago y de Hipona. ¿Qué fué, vuelvo á preguntar, qué fué de estas ciudades famosas, de su opulencia y de su glo-

(1) Ap., XVII, 6.

ria? Yo no veo, señores, sino campos desiertos ó pueblos embrutecidos, envueltos en las tinieblas de la ignorancia, presa de las supersticiones más viles, sin libertad y casi sin patria, encorvados bajo el yugo de un despotismo feroz, espantosamente hundidos en el inundo fango de los errores y de los crímenes. No puede citarse un solo pueblo, católicos, donde la fe se haya extinguido, que no se haya precipitado por el mismo hecho en el abismo de la barbarie: el Evangelio, que ha civilizado al mundo, abandona también soberanamente en el cieno de la corrupción á los pueblos ingratos que le desconocen ó persiguen. Estaba ¡oh Dios! en los atributos de vuestra justicia eterna que sucediese así: era fuerza que la apostasía de los pueblos experimentase los efectos de vuestro furor, y que pudiera decirse á cada una de esas naciones infieles lo que á Israel prevaricador decia uno de vuestros profetas: "Sabe y confiesa que es muy terrible y amargo el haber abandonado al Señor tu Dios." *Scito, et vide, quia malum et amarum est reliquasse te Dominum Deum tuum* (1).

Mas no concluyámos, hermanos míos, esta revista tenebrosa de penas y castigos, sin volver todavía una última mirada sobre esa misma Francia, donde hemos presenciado no há mucho el cuadro más cumplido de todos los errores, de todas las crueldades, de todos los crímenes y abominaciones que pueden caber en la naturaleza corrompida. No os manifestaré, señores, la muerte deplorable del filósofo de Ginebra y del patriarca de Ferney: estos corifeos de la incredulidad y precursores de la desolación y exterminio que sufrió el reino cristianismo de Clevis y Carlo Magno: no llamare vuestra atención hácia aquellos sacerdotes intrusos, heridos por el rayo del cielo en el instante mismo en que se prestaban á la posesión de los honores del santuario: correré el velo sobre Marat y Robespierre, porque en esa multitud inmensa de

(1) Jerom., II, 19.

criminales víctimas, es empresa difícil para el orador pasar individualmente la vista por el suplicio de cada uno. Es necesario ver de un golpe todo el horrible conjunto, ver á estos malvados luchando inútilmente con su propio destino, perseguir en vano al cielo y á la tierra, y expiar casi á un tiempo mismo entre las maldiciones de Dios y las execraciones del hombre: es necesario verlos sumergidos bajo las ruinas de sus propias instituciones, de estas instituciones pasajeras, levantadas sobre una arena movediza y desmoronadas entre las manos de sus propios autores. ¡Gran Dios! ¡qué implacable y terrible fue vuestra cólera para con los autores de esta conflagración impía, de estos sacrilegos que se bañaron en la sangre de vuestros sacerdotes, que mancharon y destruyeron vuestro tabernáculo angusto con el designio frenético de abolir la memoria de vuestro Cristo!..... ¿Qué fue de los autores de esta famosa revolución? Siglo ateo, ¿dónde están tus sábios y tus fuertes? ¿Dónde los trofeos de tus victorias y los despojos de tus conquistas? ¡Dichosos ellos, hermanos míos, si semejantes á los soberbios de Babilonia, solo hubieran tenido que sufrir el humillante castigo de la confusión de las lenguas! Pero vedlos como espiran entre la oscuridad y la ignominia, como se despedazan y devoran mutuamente, y como representan casi todos en esta escena de sangre el doble papel de verdugo y de víctima.

¡Oh pueblos! atended: esta lección ha sido dictada para vosotros. Temed á la vista de estos estragos, temblad: la atmósfera que circunda al universo no acaba de purificarse aun de este contagio maligno que afigió tanto á la religión de Jesucristo y arrebató tantos hijos á la patria de Godofredo. Y vosotros, grandes de la tierra, aprended aquí lo que cuesta el abuso del poder: sabed que le tenéis prestado, y que para confundir y arruinar totalmente al insensato que se arma contra el cielo, no se necesita de otro impulso que el que bastó para sacar al mundo de la nada. Abrid los ojos, y convertid á vuestro

propio bien las lecciones que suministran estas catástrofes sangrientas: no sea que perezcáis entre los clamores desesperados de un tardío arrepentimiento; cuando el Hombre Dios haya pronunciado *el hasta aquí* de su paciencia y hecho tronar sobre vuestras cabezas el tremendo rayo de su ira. *Nequando irascatur Dominus, et pereatis de via justa* (1).

¡Qué grande y sublime se presenta, señores, á mi alma ese madero angusto, cuando le veo renuir á su rededor la sabiduría, la virtud, el poder, cuanto hay de más admirable en los cielos y en la tierra! ¿Quién temerá por el reino que él preside, cuando repasa la serie infinita de sus victorias y mira disiparse inevitablemente las negras tempestades que hace brotar el abismo? Ved, católicos, el nuevo reino presentando el modelo de todas las sociedades; ved este imperio donde la libertad evangélica, dulcemente abrasada con la fe, anuncia desde la cruz de Jesucristo aquel imperio *sin fin*; que no estaba prometido por cierto á los descendientes de César. ¿Qué política es ésta que tan maravillosamente combina los derechos y la autoridad, los intereses del súbdito con el poder del magistrado? ¿Qué imperio es éste donde no se ha interrumpido jamás la sucesión de los soberanos, sin embargo de no contar con otra dinastía que los vínculos de la fe? Colocado en medio de todos los reyes, el vicario de Jesucristo ve nacer, encontrarse y morir todas las vicisitudes de la política, sin que vacile un instante su trono. ¿Quién contará, señores, todos los caracteres diversos que han ido presentando en la serie de los siglos la política, la legislación, los principios del orden, el génio de los pueblos y la suerte de los gobiernos en las instituciones humanas?

¡Oh Iglesia de Jesucristo, sociedad única y verdadera, imperio por excelencia! Tú descubres en esa silla invulnerable, en esa luz indeficiente, en ese principio eterno,

(1) Ps. II, 12.

independiente de todas las vicisitudes humanas, en esa unidad exclusivamente tuya, en esa universalidad tanto más duradera cuanto más espontánea, que no pertences al mundo, que eres la esposa de Jesucristo, que no prevalecerán contra ti las puertas del infierno. Verás levantarse y abatirse todos los tronos, grandes y decadentes todas las sociedades, resplandecientes y oscurecidas todas las glorias, mientras que tú, superior al tiempo y á la muerte, aparecerás inmune, como el arca misteriosa, entre las ruinas deshechas de cuanto existe; y como la vío el hombre, constante y fuerte en tu nacimiento, te verá también triunfante y gloriosa *á la luz moribunda del universo abrasado.*

No me sorprende ya, católicos, ver á Jesucristo anunciando muy anticipadamente las glorias de su cruz, levantarse para ir á Jerusalen, diciendo que ha llegado la época en que va á ser glorificado, el Hijo del Hombre. Ahora comprendo aquella gloria que vío el evangelista San Juan, aquella gloria suprema y única del Unigénito del Padre, esa verdad infalible que hizo caer el petro del pensamiento de las manos del filósofo gentil, esa transformación que en el universo producen las innumerables virtudes que corren con la sangre del Mesías, este reino invencible que nace de la cruz: ahora comprendo esa plenitud de gracia y de verdad, que abre las puertas del cielo al universo condenado, limpia y regenera la naturaleza humana, marchita y muerta por la primera culpa. Mi alma queda absorta en la contemplación de tanta grandeza, dulcemente agobiada bajo el peso de tanta majestad y de tanta gloria; el nombre augusto de cristiano eleva mi corazón, y un enajenamiento sublime se apodera de mí, cuando veo la cruz de Jesucristo en los brazos de los mártires, en el candor de las vírgenes, en la mano del Apóstol, en los libros del sabio, en los dedos del niño, en el pecho del rústico y en la frente del monarca.

Ved, pues, hermanos míos, ved fielmente cumplido el

oráculo del Redentor. Todo le está sometido, pues desde el instante mismo en que fué elevado sobre la cruz, el mundo tuvo un libertador, la virtud un dechado, la culpa una víctima infinita, la Iglesia un jefe, la religión un pontífice, los pueblos un pastor, los gentiles una luz, Israel un consuelo, los justos un santificador, los ángeles un rey, los santos un reino, y el Eterno Padre, un holocausto digno y adoradores en espíritu y verdad. *no qui aliam*

Católicos, cuando hemos presenciado la regeneración de todo el universo para anunciar á Jesucristo; cuando hemos visto á la filosofía orgullosa ceder el campo á una verdad que tan soberanamente descubre su origen divino en la persona de su autor; en la sublimidad de sus misterios; en la unidad de su economía, en la universalidad de su inteligencia, en la santidad de su moral y en la eternidad de sus promesas; cuando hemos visto al Hombre Dios criar la virtud en la tierra, rendir y anonadarse el orgullo con sus santas humillaciones; inutilizar y confundir con su poder soberano las negras maquinaciones y los combates impíos; cuando hemos presenciado las innumerables y gloriosas conquistas de los apóstoles, de los mártires y de las confesores, rendirse los imperios á la palabra santa, y caer pueblos y reyes al pié de la cruz, tiempo es de convertir de nuevo nuestras miradas hacia el Gólgota, y reconocer, admirar y bendecir en esa víctima santa la sabiduría, el poder, la inmensa majestad del Hombre Dios.

Desde esa colina donde le coloca la ingratitude de un pueblo rebelde, desde ese patíbulo que ha transformado en un momento de gloria, pasea sus miradas por todo el universo, registra los pasados y futuros siglos, que han de conducir hasta la eternidad los humildes tributos de adoración, de reconocimiento y de amor, los inflamados votos de todos los hombres; las virtudes de todos los justos, el culto magnífico de todos los pueblos, el santo vasallaje de todas las generaciones. A su presencia huyen medrosas las tinieblas que habían cobijado la tierra, dispadas

por el esplendor divino que sale de su cruz, bajan hasta el abismo los infames restos de la idolatría, y descuellan los inexpugnables muros del nuevo templo; la figura cede el campo á la realidad, y sobre el antiguo pavimento de la sinagoga, se levanta el tabernáculo augusto que ha de habitar en persona el Hijo de Dios vivo.

¿Cuál es aquí nuestro deber, hermanos míos? Reconocerle Rey en medio de sus ignominias, é inspirados por su gloria, entonar la *hossanna* sublime, aclamarle libertador á pesar de su muerte. Esa cruz es el trono del mundo; esa corona de espinas es la única diadema; esas llagas son otros tantos monumentos de inmortal victoria; la eterna majestad de los cielos consagra en el culto sublime de los ángeles y de los hombres ese aparato fúnebre, esa urna de dolor. Criaturas todas, reconoced á vuestro soberano: cielos, inclináos á su presencia; postráos delante de él, vosotros todos los que ocupais la tierra; estremeceós al escuchar su nombre; potestades vencidas, que habitais en las eternas llamas: "que al nombre de Jesus, se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos." *In nomine Jesu omne genu flectatur caelestium, terrestrium, et infernorum* (1).

Redentor del mundo, nosotros nos postramos delante de vos, para rendiros en vuestras aras el culto solemne de nuestra admiracion y de nuestra gratitud. Hombre Dios, á vos pertenecen todos los homenajes: dueño sois de todos los beneficios que el universo disfruta, de la verdad que nos ilustra, de la virtud que nos santifica, de la Iglesia que nos conduce, que nos sostiene y que nos salva. Vuestro es el poder, vuestra la divinidad, vuestra la sabiduría, la grandeza y la gloria. Bendicion, claridad, accion de gracias á vos, honra y culto sin fin á vos, Rey eterno de los ángeles y de los hombres. Que á vuestro nombre, pues, se postre el universo; que todos los pueblos os escuchen como el autor supremo de la verdad; que to-

(1) Ad Phil., II, 10.

dos los hombres os veneren como al modelo divino y único de la virtud, que todos los reyes pongan el cetro y la diadema á los piés de vuestra majestad, y que nosotros, ¡oh Jesus! permanezcamos firmes en la profesion de vuestra fe, que no aspiremos sino á la gloria y á las santas delicias de vuestra cruz, y que despues de haber permanecido fieles en la milicia de vuestro reino, recibamos de vos mismo en la triunfante Jerusalem la corona de la inmortalidad que habeis prometido á la constancia heroica de los justos.—AMEN.